

El longevo sofisma -Intelectual Político- o -Político Intelectual-

Salvatore Tarantino-Curseri

Jubilado de una empresa de telecomunicaciones

Ante la alarmante mescolanza, confusión y enredo de términos, creo necesario invitarlos a un instante de reflexión.

¿¡Ah!, o es qué acaso no es lo mismo manejar un trasatlántico que manejar un peñero?, total, ambos flotan y navegan en el mar.

1. INTRODUCCIÓN

Tomemos la aseveración de Antonio Gramsci con la que en forma categórica afirma que todos los hombres son intelectuales partiendo del hecho que no se puede separar al *homo faber* del *homo sapiens* y si a esta aseveración le agregamos la caracterización del ser humano formulada por el gran filósofo estagirita Aristóteles (*zoon politikon*), todo hombre es un animal *politicum* u *homo politicus*, podemos entonces *concludere* (concluir) que todo hombre es intelectual y a su vez, es un *homo politicus*.

Este artículo pretende desmentir y argumentar, que dicha aseveración no es más que un simple sofisma, negando la posible integración y ratificando la dicotomía natural entre lo Intelectual y lo Político, de hecho, el carácter condicional de este PseudoSilogismo, ha facilitado la falacia de todos los siglos; al Intelectual jugando a ser Político en busca de poder y al Político jugando a ser Intelectual en busca de legitimar su praxis.

Indiscutiblemente, defender la tesis de la existencia del Intelectual Político o el Político Intelectual es negar la antinomia onto epistémica, inmanente entre ambos términos.

Este sofisma, convertido en un juego perverso, cuyos hilos, tejidos y manejados por el ego de ambos actores sociales, ha diseñado, formateado y construido la crisis ontológica del *homo sapiens*, forjando una particular axiología del poder que está catalizando nuestra auto-extinción.

Hoy, unos y otros, en su afán de imitar al otro (conflicto ontológico), padecen la pérdida de la memoria colectiva, acompañada de la pérdida de identidad (crisis ontológica), que se manifiesta en su incapacidad de generar la axiología propia de su pueblo.

Hoy, el *homo sapiens sapiens*, el *homo intellectus*, el ser humano (Desmond Morris diría el “mono desnudo”) vive una crisis ontológica en todas las dimensiones socio-culturales, donde el discurso de la modernidad es realmente insuficiente e ineficaz para darle explicación a la realidad actual: pobreza, apatía, corrupción, desempleo, crecimiento poblacional, hambre y desnutrición, desintegración familiar, delincuencia, calentamiento global, calidad de aguas superficiales, la guerra, la violencia de género, el racismo, la concentración del poder en manos de unos pocos privilegiados, la drogodependencia, la obsesión por la estética, el consumismo excesivo, la inmigración, discriminación social, etc., etc..

Quitémonos la careta, dejemos de estar imitando al otro, nuestros hijos, nuestros nietos, la humanidad nos exige resultados claros y concretos. Cada quien, con sus responsabilidades dentro de su ámbito de acción, recuerde la famosa expresión coloquial: ¡zapatero a su zapato!

2. EL INTELECTUAL

¿Qué entendemos por intelectual? El término intelectual es un derivado de la palabra latina "*intellectus*" y el filósofo y ensayista español José Ortega y Gasset (1983, citado en Muñoz-Alonso, 1999) en su obra póstuma, nos dice que el término intelectual nace en el oriente del Mediterráneo, con una extraña coincidencia cronológica, en dos civilizaciones y mundos, confinantes, pero, entonces, sin comunicación ni homogeneidad ninguna, a saber, en el mundo siriaco de un lado y en el mundo helénico de otro, en torno al año 700 antes de Cristo, en los mismos años, surge en Grecia el primer esbozo de intelectual con Hesíodo y se levanta en tierra hebrea el primer profeta, Amós. "Los profetas -señala Ortega- fueron los intelectuales de Israel" (Muñoz-Alonso 1999, 33).

El historiador francés, Christophe (1990, citado en Muñoz-Alonso 1999, 29), nos señala que el escritor y político francés, Joseph Reinach decía: "la palabra se deslizaba desde hacía algún tiempo en las pequeñas revistas literarias, de jóvenes que despreciaban la política y que se la aplicaban para marcar su superioridad sobre el resto de los humanos".

Por otro lado, el sociólogo español Amando de Miguel Rodríguez y el profesor de sociología y ciencias políticas, Roberto Luciano Barbeito Iglesias en su obra *El final de un siglo de pesimismo (1898-1998)*, nos dicen que intelectual es un concepto que se aplica primordialmente a los países de cultura latina y destacan que el término no aparece en la Enciclopedia Británica, aunque el diccionario *Modern English Usage* de H. W. Fowler (Fowler 1965), "reconoce, a duras penas la voz intelectual, pero más bien como adjetivo ("an intellectual person") y en sentido despectivo. Equivale a decir -prosiguen de Miguel y Barbeito- que la persona en cuestión se sabe más inteligente que los demás. En el habla norteamericana se aducen palabras aún más despreciativas de ese significado: *highbrows* (insolentes), *egghead* (cabezas pensantes). No es éste -concluyen- el sentido que tiene el sustantivo intelectual en español (o en francés)" (Muñoz-Alonso 1999, 31).

176

ENERO
2015

Ahora, como hablar de los "Intelectuales" sin mencionar el famoso caso "Dreyfus", para ello, me apoyaré en el excelente trabajo de Bejano Caballos, María Gracia *El "Affaire" Dreyfus: Un Caso de Xenofobia y Antisemitismo en los albores del Siglo XX. Implicaciones Políticas y Literarias en la prensa Francesa* (Bejano 2002).

2.1. EL "AFFAIRE" DREYFUS

En la convulsionada Francia del siglo XIX, el caso Dreyfus fue una de las grandes crisis políticas y económicas que marcan el desarrollo de la Tercera República Francesa (1870-1940), y un escándalo judicial, social, político y moral, entremezclado con restos de antiguos conflictos sociales e ideológicos, de base eminentemente racista, que enturbió y dividió la opinión francesa por el lapso de 1 año, entre la condena al ingeniero politécnico y capitán del ejército francés, de origen judío, Alfred Dreyfus (1855 - 1955) el 22 de diciembre de 1894, y el momento en el que es condenado a cadena perpetua por unanimidad (el 5 de enero de 1895), a la degradación militar y a la deportación a la colonia penal de la Isla del

Diablo (próxima a la Costa de la Guayana Francesa en Sudamérica; fue abolida en 1938, actualmente, las celdas están cubiertas por la vegetación de la jungla).

Este caso dividió y prácticamente inmovilizó al gobierno de Francia duró aproximadamente 12 años, entre el 20 de septiembre de 1894, y el 12 de julio de 1906, fecha en la que el capitán fue declarado inocente y se decretó su rehabilitación (Bejano 2002).

Este lamentable episodio histórico, dividió, marcadamente, a la sociedad francesa, colocando por un lado el gobierno derechista, los partidos conservadores, la Iglesia Católica y el ejército nacionalista, que se agruparon y unieron fuerzas en el bando anti-Dreyfus (con características particularmente racista y anti-semitas) y se colocó por el otro, las fuerzas republicanos, socialista, progresistas y anticlericales.

Como consecuencia de este caso muy popular, el término “intelectual” se popularizó y tomó forma, color y textura, al llamarles de este modo al conjunto de ilustrados de la ciencia, el arte y la cultura que apoyaban y reclamaban a favor de la libertad del mencionado Capitán.

3. LA POLÍTICA Y EL POLÍTICO

En el intento por definir al “Político” encontramos un consejo que nos viene desde la Grecia antigua que nos dice que a la hora de elaborar dicha definición debemos tomar en cuenta que al político no hay que confundirle con el orador, ni con el general, ni con el magistrado, por más que la retórica, el arte militar y la jurisprudencia tengan estrechas relaciones con la política.

Por cima de la retórica, del arte militar y de la jurisprudencia hay una ciencia maestra, esta es la ciencia del verdadero político que, sin ser orador, manda a la retórica y se sirve de los oradores, que, sin ser general, manda al arte militar y se sirve de los generales y sin ser magistrado, manda a la jurisprudencia y se sirve de los magistrados (Platón 1872).

177

ENERO
2015

Pero tenemos una versión más sencilla y concreta, el político es quien hace política y así encontramos al político por “vocación”, al político “ocasional” y al político “profesional”. De acuerdo con el filósofo, economista, jurista, historiador, politólogo y sociólogo alemán Weber, Maximilian Carl Emil (1993), hay dos formas de hacer de la política una profesión. O se vive “para” la política o se vive “de” la política. La oposición no es en absoluto excluyente. Quien vive “para” la política hace “de ello su vida” en un sentido íntimo; o goza simplemente con el ejercicio del poder que posee, o alimenta su equilibrio y su tranquilidad con la conciencia de haberle dado un sentido a su vida, poniéndola al servicio de “algo”. Quien vive “de” la política como profesión es quien trata de hacer de ella una fuente duradera de ingresos para su sustento. La diferencia entre “el vivir para” y “el vivir de” se sitúa entonces en un nivel netamente económico.

Lo interesante, no es la definición del político, es más bien, la definición de la “Política”. Como ya se dijo, el político es simplemente el que hace política, pero ¿qué es la política?

A pesar que es un concepto muy amplio (se habla de política educativa, política de la empresa, política económica, política cambiaria, política institucional, la política del sindicato, la política del niño mimado, la política del género, etc., etc.), éste tiene un centro de

masa inequívoco, es un constructo engendrado en las entrañas del ego, del mono desnudo de Morris, es una amalgama compuesta principalmente por los conflictos dicotómicos entre el “bien” y el “mal”, “amigo” y “enemigo”, entre lo éticamente “correcto” e “incorrecto”, donde los principios morales se ajustan dependiendo de la ideología, amalgama que formatea y le da color y textura a una ilusión netamente epistémica que llamamos libertad, amalgama que se mantiene unida por puentes energéticos conformados por la avaricia, la corrupción (psicológica, moral y material), la intriga, el conflicto, cuyo fin último es la guerra psicológica, la guerra armamentista, la eterna búsqueda del poder y más poder.

No en vano, ya en su época, Platón en su *República*, le dedica tiempo a diferenciar los términos “discordia” y “guerra” a fin de dar cuenta de los conflictos propios entre las polis, “Si la ciudad continúa creciendo, amigo mío tendremos que ampliarla con un ejército, no pequeño, sino poderoso que salga a campaña para luchar contra los invasores en defensa de su territorio” (Platón, República. 2005, 374a).

El filósofo jurídico alemán y militante del partido Nacional-Socialista, Carl Schmitt, nos describe con detalles su lógica del bien y el mal en lo moral, la belleza y fealdad en lo estético, la oposición “amigo-enemigo” como puntos centrales y característicos de lo político (Schmitt 1984).

El militar prusiano, uno de los más influyentes historiadores y teóricos de la ciencia militar moderna Carl Philipp Gottlieb von Clausewitz en su obra *De la Guerra*, destacó abiertamente la conexión entre la guerra y la política cuando nos dice que la guerra no constituye simplemente un acto político, sino un verdadero instrumento político, una continuación de la actividad política, una realización de ésta por otros medios. Lo que resta de peculiar en la guerra guarda relación con el carácter igualmente peculiar de los medios que utiliza. El arte de la guerra en general, y el jefe que la conduce en cada caso particular, pueden determinar que las tendencias y los planes políticos no encierren ninguna compatibilidad con estos medios. Esta exigencia no resulta baladí; pero, por más que se imponga poderosamente en casos particulares sobre los designios políticos, debe considerársela siempre sólo como una modificación de esos designios, ya que el propósito político es el objetivo, mientras que la guerra constituye el medio, y nunca el medio cabe ser pensado como desposeído de objetivo (Clausewitz 1999).

Por otro lado Abello (2003) nos dice que Foucault le dio un giro a la sentencia de Clausewitz diciendo que la política es la guerra continuada por otros medios.

Y ni hablar del diplomático, funcionario público, filósofo político y escritor italiano Nicolás Maquiavelo y su doctrina política *El Príncipe*, donde dio una clase magistral de manipulación y engaño, herramientas útiles para todo político. En el capítulo XVIII del *Príncipe* “De qué modo deben los príncipes observar la fe prometida”, (Machiavelli 1951) nos dice que todos advierten cuan loable es en un príncipe cumplir con la palabra dada y vivir con integridad y no con astucia. No obstante se ha visto en nuestros tiempos, por experiencia, que los príncipes que han hecho grandes cosas han sido aquellos que han tenido en poca cuenta a la fe jurada y han sabido con astucia burlar los cerebros de los hombres, superando al fin a aquellos que se habían fundado en la lealtad.

Niccolò di Bernardo dei Machiavelli, conocido como Nicolás Maquiavelo, es considerado como el primer filósofo político moderno, éste en su obra magistral *El Príncipe*

(texto fundador de la Ciencia Política) no escatimó espacio, ni tinta, para plasmar en ella toda una serie de artimañas y trucos útiles para el engaño y la manipulación. El príncipe debe saber conmutar entre el hombre y la bestia, en todo momento, nunca debe mostrarse como lo que es, es decir, si eres hombre debes mostrarte como bestia y si eres bestia, debes mostrarte como hombre.

Este ilustre personaje, es un pensador sin principios éticos y brillantemente oportunista. Para él, el hombre es por naturaleza malicioso y vive con el objetivo de cosechar y acumular poder. El príncipe, de acuerdo con Maquiavelo, debe tener capacidad para manipular situaciones, ayudándose de cuantos medios precise mientras consiga sus fines: *ciò che conta è il risultato, non importa il mezzo per raggiungerlo* (lo que vale es el resultado, no importan los medios para lograrlo). Debe ser hipócrita y diestro en el engaño, y no, necesariamente, debe poseer virtudes, sólo aparentarlas. Debe borrar la palabra ética de su diccionario, debe ser una persona amoral, indiferente ante *bonum et malum* (el bien y el mal), debe estar por encima de ambos. En este “sistema político” por el que aboga Maquiavelo, el que se quiera considerar un buen político, no puede practicar la ética y la política platónica ni aristotélica.

El Arte de la Guerra de Sun Tzu (escrito, hace ya, aproximadamente 2.000 años atrás), texto inspirador de Napoleón, Maquiavelo, Mao Tse Tung, el propio Maquiavelo y sus obras, en especial *El Príncipe*, son estudiados y analizados por los estudiantes de pre y postgrado en el área de Ciencias Políticas.

Siempre se tiene la duda del porqué los estudian, ¿para saber lo que NO se debe hacer?, o los estudian para saber, precisamente, ¿lo que SI se debe hacer en política?

4. ÉTICA Y MORAL

La Ética y la Moral, palabras que circunscriben significados altamente profundos en el mundo cognoscitivo, tanto que dieron origen a doctrinas, doctrinas de intensa reflexión; ambas tienen orígenes milenarios y probablemente desde su origen, desde su mismo nacimiento, han generado confusión, de hecho, hoy en día muchos autores aseguran su equivalencia, humildemente considero que es un error, ya que ambas se fundamentan en conceptos muy distintos.

Dicho error viene desde la época de los romanos al haberle dado a dos palabras muy distintas como son *ēthos ēthos* y *éthos éthos* el mismo significado *moralis*, y a partir de allí, el enredo milenario.

La palabra griega *ēthos ēthos* (con acento circunflejo), significaba, primitivamente, estancia, lugar donde se habita, posteriormente, Aristóteles afinó este sentido y, a partir de él, significó temperamento, carácter, hábito, modo de ser, predisposición para hacer el bien, lo que nosotros conocemos como ética. Mientras que *éthos éthos* (con acento agudo) significa costumbre. Ante la incapacidad de diferenciar entre estos dos conceptos tan distintos, los romanos tomaron ambas palabras y las tradujeron como *moralis* (en español significa Moral).

Interesante, el origen del error está básicamente en el tipo de acento, *ēthos* y *éthos*, en la primera un acento circunflejo y en la otra un acento agudo.

Marco Tulio Cicerón (106–43 a J.C., jurista, político, filósofo, escritor y orador romano) en sus días tratando de profundizar en el término “costumbre” (*mores*) se da cuenta que le faltaba la palabra latina adecuada y acuña el neologismo *moralis* (de la raíz *mos* o *mores* (*Mos*, latino, en un sentido general significa, manera de comportarse física o moralmente, no por determinación legal ni por obligación, sino en virtud de una especie de hábito), que significa así mismo costumbre), de esta forma, la palabra moral fue una concepción romana, donde las costumbres eran vistas desde el comportamiento externo, de ahí, que la moral sea un tratado sobre las costumbres, sobre las formas de comportarse las personas. De esta forma, al hablar de moral nos estamos refiriendo a un conjunto de creencias, costumbres, valores y normas de una persona o de un grupo social, que funciona como una guía para obrar. Es decir, la moral orienta acerca de qué acciones son correctas (“*bonum*”) y cuales son incorrectas (“*malum*”).

En tal sentido, si bien es cierto que ambas palabras convergen etimológicamente en un casi idéntico significado, también es cierto que desde el punto de vista epistemológico sus conceptos son claramente distintos, tanto que la moral es vista más desde la Psicología y la Sociología, mientras que la ética es vista más desde la Filosofía, sin olvidar que la ética estudia la moral, de hecho es la reflexión teórica sobre la moral y no así a la inversa.

Un tanto como para entender un poco más, podemos asegurar que la moral tiene una base social y como tal, ejerce una influencia muy poderosa en la conducta de cada uno de sus integrantes, en este sentido, es el conjunto de normas del exterior quien impacta al ser consiente. En contraste, la ética, como resultado de su propia reflexión, su conciencia y voluntad, aflora desde las mismas entrañas del ser del ente.

Finalmente, nosotros los seres humanos, controlados por la ética y la moral, vivimos y convivimos en una sociedad y ésta, como una influencia externa, nos impacta moralmente pero a su vez, desde nuestro interior aflora la ética; si todos actuamos con ética tendremos una excelente efectividad (eficacia - eficiencia) a la hora del actuar por ende, tendremos una mejor calidad en las normas a diseñar e implantar y por efecto dominó, el impacto externo de la sociedad hacia la moral será cada vez más positivo, dando como resultado una mejor calidad de vida.

Ahora bien, el ámbito de acción tanto del Político como del Intelectual es la Moral pero con una marcada diferencia en la Ética.

Mientras la Ética del Político es dirigida, gestionada y controlada por la ideología, la Ética del Intelectual es dirigida, gestionada y controlada por la “verdad”.

5. EL INTELECTUAL, EL POLÍTICO Y LA YUXTAPOSICIÓN

El Intelectual, desde el punto de vista semántico, la acepción más generalmente usada es la que denota una persona dotada de un alto nivel de conocimientos, tal como dijera Robert Michels, los intelectuales son quienes se ocupan vocacionalmente de las cosas de la mente (Robert 1936, 118).

Jean-Paul Sartre, el famoso personaje, que en el 1964 rehusó el Premio Nobel de Literatura, en su obra *Los Intelectuales y la Política*, Sartre (s.f.) nos dice: “La única manera de aprender es discutir. Es también la única manera de volverse un hombre. Un hombre no es

nada si no es un ser que duda. Pero también debe ser fiel a alguna cosa. Un intelectual, para mí, es esto: alguien que es fiel a una realidad política y social, pero que no deja de ponerla en duda. Claro está que puede presentarse una contradicción entre su fidelidad y su duda; pero esto es algo positivo, es una contradicción fructífera. Si hay fidelidad pero no hay duda, la cosa no va bien: se deja de ser un hombre libre”. (Sartre Jean-Paul, de acuerdo con Wikipedia, la enciclopedia libre, Jean-Paul Charles Aymard Sartre (1905 – 1980), conocido comúnmente como Jean-Paul Sartre, fue un filósofo, escritor, novelista, dramaturgo, activista político, biógrafo y crítico literario francés, exponente del existencialismo y del marxismo humanista. Fue el décimo escritor francés seleccionado como Premio Nobel de Literatura, en 1964, pero lo rechazó explicando en una carta a la Academia Sueca que él tenía por regla declinar todo reconocimiento o distinción y que los lazos entre el hombre y la cultura debían desarrollarse directamente, sin pasar por las instituciones).

Rafael Del Águila, Victoria Camps, Elías Díaz, Antonio García Santesmases, José Antonio Marina y Edurne Uriarte en su obra *Los intelectuales y la política* nos dicen: “El término 'intelectual' comenzó siendo un adjetivo que hacía referencia a todo lo que tuviera que ver con la inteligencia y las ideas. Su historia da un vuelco espectacular, y se hace mucho más interesante, cuando comienza a usarse como sustantivo para designar a una persona cuya vida está consagrada a la cultura,...” (Águila, y otros 2003, 23)

Excelente, podemos entonces otorgarle el término “intelectual” a todo individuo que dedica una gran parte de su vida y de su actividad como ser humano al estudio y a la reflexión crítica de la realidad, de hecho, a este personaje no necesariamente debemos ubicarlo en escenarios formalizados o institucionalizados. Es un ser dedicado al cultivo del conocimiento, es un explorador, perseverante, del nómeno de Kant y con un afán interminable de la búsqueda de la excelencia y la verdad al servicio del bienestar social y así, en su búsqueda incansable, analiza, evalúa, y engendra ideas en pro de mejorar la calidad de vida.

No es el científico, no es el investigador, no es el que crea ni el que inventa, es el que apoyándose en su nivel epistémico y axiológico y haciendo uso de su voz (hablada o escrita) a través del periódico, revistas, radio, televisión, Internet, trata de llevar su crítica, su alerta a la opinión pública a objeto de incentivar, alimentar y agitar el debate, someter a un constante cuestionamiento el conocimiento legitimado.

Ahora bien, es sumamente sencillo lograr una mezcla (amalgama) entre el componente “intelectual” y el componente “político”, pero les recuerdo que lograremos, al final, una mezcla, un sistema material formado por dos o más componentes mezclados, pero NO combinados químicamente. En una mezcla no ocurre una reacción química y cada uno de sus componentes mantiene su identidad y propiedades químicas. Al querer unir o mezclar los términos “intelectual” y “político”, lograremos una yuxtaposición pero nunca una integración.

El político puede incursionar en el mundo intelectual pero su ideología y militancia, le impiden tener una real independencia epistémica para ser un intelectual, de hecho, muy difícilmente, dejará de ser político, mientras que, un intelectual puede incursionar en el mundo político pero dicho mundo, lo encasilla y le impone fronteras claramente definidas por la ideología, por ende, al estar en el mundo político pierde su condición de intelectual y muta a la condición de experto, dando como resultado, un **experto político** y no un intelectual político.

Indiscutiblemente todo intelectual no es un ser apolítico; definitivamente, hace política, pero de manera muy distinta al político, la ejerce, la lleva a la praxis por simple convicción, producto de su trilogía filosófica (Figura 1): Ontología (identidad, emociones y sentimientos, “su razón de ser”) - Axiología (legitimación, valores morales y éticos, “el bien”) - Epistemología (metodología, validación y conocimiento, “la verdad”).



Figura 1: Trilogía Filosófica (Fuente: elaboración propia)

La práctica sin ninguna exigencia e imposición ideológica, no desde un organismo político, no desde el partido, sino con la palabra escrita o hablada, con un solo norte, el ideal de la sapiencia y la eterna búsqueda de la verdad, siempre tratando de dilucidar el noúmeno de Kant.

En definitiva, de acuerdo con Maquiavelo, para el político *il potere è un fine in se stesso* (el poder es un fin en sí mismo), mientras que para el intelectual el poder está en su “*intellectus*”, está en su voz, y lo usa como un medio para llevar a la praxis el contenido de sus ideas, “el cambio”.

La crítica del poder y el poder de la crítica de los intelectuales, radica básicamente, en su real autonomía axiológica, epistémica y económica, es decir, en el pleno ejercicio de su real libertad (bueno, una buena aproximación a la real libertad).

Libertad, término nada sencillo de definir, de hecho existe todo un mundo filosófico que trata de conceptualizarlo. Por lo pronto mencionaré las 3 libertades del filósofo alemán Arthur Schopenhauer: la libertad Física, Intelectual y Moral. Irremediablemente no puedo dejar de lado la estrecha relación que existe entre “instinto”, “inconsciente” y “libertad” en la filosofía de Friedrich Wilhelm Nietzsche (considerado para muchos, el filósofo de la libertad), recuerdo que en su obra *Así hablaba Zaratustra*, encontramos unas interesantes preguntas que llaman a la reflexión, ¿te llamas libre?, ¿libre, de qué?, ¿libre, para qué?

Por otro lado, Karl Jaspers en su obra *Nietzsche*, traducida por Emilio Estiu y publicada en el 1963 por la Editorial Sudamericana Buenos Aires, citando a Nietzsche nos dice que indiferentemente del tipo del estado y de sociedad, todas serán eternamente formas de esclavitud. Estas palabras, en cierta forma, justifican la opinión de muchos especialistas en el tema al considerar a Nietzsche como un extremista y promotor de una forma radical de “autonomía”, de hecho la famosa y atractiva idea del “espíritu libre” la búsqueda de la máxima independencia, insinúa una suerte de postura apolítica, apátrida, solitaria para lograr la real libertad.

En las anotaciones sobre la obra de Tomás Ibáñez Gracia *Poder y libertad* (Gracia 1983) realizado por el catedrático de la Universidad de Sevilla, departamento de Psicología Social de la Facultad de Psicología, Silverio Barriga Jiménez nos dice:

La dialéctica entre poder y libertad exige no renunciar a ninguno de ambos conceptos. El poder sólo puede pensarse en contra de la libertad. “Se ejerce un poder sobre alguien en la medida en que se merma su libertad; se es tanto más libre cuanto menos sujeto se está a efectos de poder; se es tanto más libre cuanto que se dispone de más poder” (Barriga 1983, 122).

Ahora le pregunto a usted, político incursionando en el mundo intelectual, ¿su ideología no sesga y parcializa su análisis ante un problema social planteado?, ¿usted, que fiel y sumisamente cumple (jamás se le ocurrirá criticar los mandatos políticos de su organización o partido) con los lineamientos de su líder político, usted que simplemente cumple con la agenda política impuesta por el partido, se siente realmente libre para iniciar su incursión? A usted, intelectual incursionando en el mundo político, ¿su hermenéutica no está circunscrita por la ideología que profesa?, ¿usted no siente cierta presión, cierta asfixia al entrar en el embudo de la ideología que va adoptar?

Ahora les pregunto a ustedes, imitadores (el Intelectual jugando a ser Político y al Político jugando a ser Intelectual), ¿el sesgo o prejuicio cognitivo proveniente de la ideología que profesa, no empaña o disfraza el noúmeno?

No quiero continuar sin antes pedirle humildemente a usted político, que sea tan amable y desmienta que: los partidos, generalmente, no suelen darle importancia al nivel epistemológico de la persona en uno u otro campo y cuando llegan al poder, casi siempre, eligen a los -directivos, dirigentes, gerentes, supervisores, asesores, consejeros, etc., etc.- más por su fidelidad a la fuerza política que representan que por sus niveles epistémicos en el área que van a gestionar.

Mi estimado lector, ese personaje, directivo, dirigente, gerente, supervisor, asesor, consejero, etc., etc., que no cumple con el perfil del cargo que ejerce, ¿no cree que debe apelar por las tácticas de la diosa de la mitología griega *Apate*, para aparentar su gestión?

Estos personajes por desconocimiento técnico – administrativo, por su miopía organizacional, no les queda otra que aferrarse a la retórica nietzscheana y así, al no disponer de argumentos cognitivos necesarios, su fin no es convencer (“*intellectus*”), es más bien, conmovier a que están supeditados por la estética y lo emocional y no por lo intelectual.

Un político que comulga con esta práctica, ¿podría incursionar en el mundo intelectual?, ¿un intelectual podría convivir con esa praxis?

Antes de continuar con nuestra tertulia, entre intelectuales y políticos, y aunque tenga carácter de evidente, quiero señalar, enfáticamente, que todo diálogo que circunscriba estos dos términos, “intelectuales” y “políticos”, “intelectual” y “política”, necesariamente orbita alrededor de dos grandes columnas: conocimiento y poder. Éstos, anticipan el debate axiológico milenar (desde los tiempos de Sócrates y Platón entre los practicantes del saber y los practicantes del poder) entre los intelectuales y los políticos que surge entre el pensar y el gobernar, entre el que busca la verdad y el que, en algunas ocasiones, dependiendo del costo político, pretende disfrazar y en otras ocasiones, logra ocultar.

Tenemos muchos ejemplos pero hay uno en particular que ocupa la primera posición cronológica registrada y es el caso de Platón y sus 3 viajes a Siracusa (Sicilia). En su primer

viaje, Platón intentó llevar a la práctica sus ideas políticas (intelectual jugando a ser político), lamentablemente no convenció a Dionisio I (rey de Siracusa) y éste lo apresó y lo entregó para que fuese vendido como esclavo en el mercado de Egina, ciudad en guerra con los atenienses. Allí, sería rescatado por un ciudadano de Cirene que le reconoce (Campaña 2009).

20 años después, tras la muerte de Dionisio I, Platón vuelve a Siracusa (aproximadamente en el año 366 a.C.), y en esta oportunidad, trata de hacer lo mismo con Dionisio II. En su intento de pasar de la teoría (intelectual) a la práctica (político), nuevamente fracasa y surge el enfrentamiento entre ambos. Una guerra ocupa a Dionisio II, y Platón aprovecha el momento para regresar a Atenas.

Todavía haría Platón un tercero e infructuoso intento de colocar a la filosofía como rectora de los destinos políticos, de manera que en el año 361 a.C. volvió por tercera y última vez a Siracusa, con la promesa de Dionisio II de aprender a comportarse como un filósofo-rey. Pero como era de esperarse, Dionisio II se negó a cumplir sus promesas, Platón fue encerrado en la prisión del tirano. Tan sólo, la mediación de Arquitas de Tarento permitió su liberación de las mazmorras, y así, para el año 360 a. C., regresaba a Atenas (Campaña 2009).

La trama entre Platón y los 2 Dionisios, muestran con claridad, la dicotomía natural entre lo intelectual y lo político, dos caras, dos enfoques distintos de una misma realidad. El intelectual, necesariamente, debe manejar con humildad, sutileza, astucia, diplomacia e inteligencia la interacción con el político, de lo contrario, si éste nota intenciones de imposición, u observa, o percibe, las más mínimas ínfulas o un aire de superioridad, el intento será infructuoso y como es lógico, el que tiene el poder es quien sale victorioso en la contienda.

Ante este planteamiento, surgen varias interrogantes: ¿el intelectual debería gobernar?, ¿el intelectual debería ser un observador pasivo o participar activa y protagónicamente en política?, ¿el intelectual debería ser un instrumento del ejercicio del poder?, en definitiva, ¿cuáles deberían ser las funciones del intelectual en la sociedad?

Lógicamente, no podemos darle respuesta desde el punto de vista del intelectual o desde la óptica del político, necesariamente debemos apelar a una hermenéutica que nos permita despejar la atmosfera de complejidad y así poder analizar críticamente, dichas preguntas, desde la postura de ambos actores.

Afortunadamente, ante la necesidad de esclarecer nuestra duda en cuanto a las funciones del intelectual, las palabras del profesor Sánchez Gómez, Gonzalo al recibir la distinción de la Orden Gerardo Molina por parte de la Universidad Nacional de Colombia, el 21 de septiembre de 1999 y publicadas en la revista Análisis Político no. 38, septiembre/diciembre 1999 del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI) de la Universidad Nacional de Colombia, con el título *Los Intelectuales y la Política*, Gómez (1999) nos aclara que las opciones válidas son múltiples y nos recuerda las aproximaciones dadas desde los clásicos: podemos tomar como referente a Weber quien piensa que debido a que están regidos por principios éticos diferentes (ética de la convicción y ética de la responsabilidad), debe existir una necesaria separación expresa entre el quehacer del intelectual y el del político; la posición de Gramsci quien postula que el intelectual está orgánicamente ligado (consciente o inconscientemente) a la función política; los que consideran junto con Maquiavelo, que la realización suprema del intelectual es ser

“*consiliario*”, asesor, consejero e intérprete de quien gobierna (el Príncipe); la del intelectual comprometido de Franz Fanon; la del modelo sartriano (Jean-Paul Sartre) y universalista que le deja al intelectual la tarea histórica de ser conciencia crítica de su época y sociedad; la menos ambiciosa del intelectual crítico, propuesta por Foucault que busque transformar las relaciones de poder y finalmente, la del modelo pragmático de hoy, sin paternidad responsable, que identifica a los intelectuales como expertos.

Ahora, Águila, Rafael Del, y otros, afirman que: "...todos los intelectuales conservan algo del sueño de Platón: el poder les gusta y piensan de sí mismos que son necesarios para la política. Unos y otros -poderosos e intelectuales-, en realidad se necesitan mutuamente. El intelectual no es nadie si el poder no lo reconoce. En cuanto al político, no puede prescindir de los intelectuales o de la gente de la cultura para dar brillo a sus campañas electorales y adquirir una cierta legitimidad para sus maniobras" (Águila, y otros 2003, 51).

Comparto plenamente con Weber en el sentido que epistemológica, axiológica y praxiológicamente hay una clara diferencia entre los dos términos, “intelectual” y “político”, y no podemos negar la interrelación orgánica entre ambos, sin embargo a mi juicio, Nicolás Maquiavelo, Jean-Paul Sartre y Águila y otros, tienen una mejor aproximación a la realidad en el sentido que ambos personajes, los “intelectuales” y los “políticos”, deberían actuar como simbioses, dándole forma, color y textura a una simbiosis del tipo mutualismo (es una interacción biológica, entre individuos (simbioses) de diferentes especies, en donde ambos se benefician y mejoran su aptitud biológica) caracterizándose por la conservación de identidad y autonomía de ambos simbioses.

Es sano y en muchas oportunidades (sobre todo en los conflictos sociales con niveles altos de caos y complejidad), es recomendable y necesaria que se dé la simbiosis del tipo mutualismo, donde ambos participantes (simbioses) en yuxtaposición, aportan esfuerzos en pro de la solución.

Quiero concluir señalando que el intelectual no necesariamente debe ser un egresado de una universidad, no necesariamente debe ser un literato o un ideólogo, simplemente debe ser alguien más modesto, alguien que con una real autonomía de su trilogía filosófica: Ontología - Axiología - Epistemología junto con una autonomía económica, sin ataduras ideológicas y con un alto criterio crítico, se mantenga constantemente en la búsqueda de la verdad.

Por otro lado, tanto el intelectual como el político deben tener presente lo señalado por Jean-Paul Sartre, Maquiavelo y Águila, Rafael Del, y otros, y plantearse la necesaria simbiosis del tipo mutualismo en pro del bienestar social.

En definitiva el constructo, Intelectual Político, o el Político Intelectual es obra de la diosa de la mitología hindú, Māiā, que gobierna la “ilusión” y el sueño de la dualidad, forjando la avidya (sánscrito) al desvirtuar la realidad y enmascarar los intereses particulares, allende de la aparente intensión benefactora.

El dictamen del “*oportet*” (deber ser) es que el Intelectual, basándose en el nivel axio onto epistémico del problema social planteado y haciendo uso de la hermenéutica, que genere ideas y proponga soluciones, el Político, basándose en el liderazgo y haciendo uso del poder, que tome dichas ideas y posibles soluciones y los lleve a la praxis. Recuerde el legado de la

leyenda de Dédalo (arquitecto y artesano de la mitología griega) *“Non coprire più di ci è consentito”* (No se debe abarcar más de lo que nos es permitido).

“Lo bueno” puede ser suficiente para algunos. Pero nosotros, los trabajadores del Conocimiento, debemos buscar “lo excelente” y nunca, pero nunca, conformarnos con menos.

6. BIBLIOGRAFÍA

- Abello, Ignacio. «El concepto de la guerra en Foucault.» Editado por Facultad de Ciencias Sociales. *Revista de Estudios Sociales* (Universidad de los Andes), nº 14 (2003): 71-75.
- Águila, Rafael Del, Victoria Camps, Elías Díaz, Antonio García Santesmases, José Antonio Marina, y Edurne Uriarte. *Los Intelectuales y la Política*. Madrid: Fundación Pablo Iglesias, 2003.
- Barriga, Silverio. «Anotaciones sobre poder y libertad. Tomás Ibáñez. Poder y libertad.» *Quaderns de Psicologia* (Universitat Autònoma de Barcelona) 0, nº 13 (1983): 120-123.
- Bejano, María de Gracia Caballos. «El “Affaire” Dreyfus: Un Caso de Xenofobia y Antisemitismo en los albores del Siglo XX. Implicaciones Políticas y Literarias en la prensa Francesa.» *Philologia Hispalensis* 16, nº 1 (2002): 37-71.
- Campaña, Francisco Collado. «La Filosofía Platónica y la Legitimación de las Tiranías.» *A Parte Rei*, nº 61 (2009).
- Christophe, Charle. *Naissance des intellectuels*. París: Les éditions de Minuit, 1990.
- Clausewitz, Carl Philipp Gottlieb von. *De la guerra*. Barcelona: Idea Books, 1999.
- Fowler, H.W. *A Dictionary of Modern Usage*. Second Edition. New York: Oxford University Press, 1965.
- Gasset, José Ortega y. *La razón histórica, Obras Completas*. Obras Completas, Tomo 12. Madrid: Alianza Editorial, 1983.
- Gómez, Gonzalo Sánchez. «Los Intelectuales y la Política.» Editado por Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI). *Revista Análisis Político* (Universidad Nacional de Colombia), 1999: 33-37.
- Gracia, Tomás Ibáñez. *Poder y libertad*. Barcelona: Hora, S.A. Editora-Distribuidora, 1983.
- Machiavelli, Niccolò. *El Príncipe*. Madrid: Aguilar, 1951.
- Muñoz-Alonso, Alejandro. *La Influencia de los Intelectuales en el 98 Francés: El Asunto Dreyfus*. Madrid: Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales (FAES), 1999.
- Platón. *Diálogos Dogmáticos. El Político*. Editado por Edición de Patricio de Azcárate. Madrid: Medina y Navarro, Editores., 1872.
- . *República*. Buenos Aires: Eudeba, 2005.
- Robert, Michels. *The intellectuals*. Vol. VII. Encyclopedia of social sciences, 1936.
- Sartre, Jean-Paul. *Los Intelectuales y la Política*. Traducido por BOLÍVAR ECHEVERRÍA y CARLOS CASTRO. s.f.
- Schmitt, Carl. *El concepto de lo político*. Buenos Aires: Folios Ediciones, 1984.
- Weber, Maximilian Carl Emil. *El Político y el Científico*. Madrid: Alianza, 1993.

